





**CASTILLOS DE TIERRA
EN EL NAPO**

CASTILLOS DE TIERRA EN EL NAPO

Luis Jesús Fernández Rodríguez



2023

Castillos de tierra en el Napo

© Luis Jesús Fernández Rodríguez

2da edición: © Ediciones Abya Yala, Quito-Ecuador
Av. 12 de octubre N24-22 y Wilson bloque A
e-mail: editorial@abyayala.org.ec
abyayala.org.ec
Quito-Ecuador

© Editorial Universitaria UTE
Bourgeois 210 y Rumipamba
e-mail: editorial-universitaria@ute.edu.ec
Quito, Ecuador

1era edición
en España: © ONG Castildeterra
ISBN: 978-84-09-40173-4

Foto de portada: Río Napo en Nuevo Rocafuerte (Aguarico, Ecuador), Manuel Pallares.

Foto del Río Napo en Nuevo Rocafuerte (Aguarico, Ecuador), Manuel Pallares. Hecha por un dron, aporta una bonita perspectiva de la zona más oriental de Nuevo Rocafuerte, la más cercana a la frontera con Perú. En la zona inferior puede verse la casa de la misión y un edificio en forma de *ele*, en el que se imparten cursos. Poco más al fondo puede observarse la antigua pista de aterrizaje. Y al fondo, en medio del río, dos islas de tierra: una *naciente* y otra ya nacida, con vegetación.

Fotos de portadillas internas: Castildeterra, en las Bardenas Reales (Navarra, España), Santiago Riega.

Foto nocturna hecha tomando como referencia de giro la estrella polar (la única *que está quieta*) con una exposición de una hora. El *recorrido* que hacen las demás estrellas en el cielo es mayor cuanto más lejos estén de ella.

Diseño de portada: Álvaro Prieto

ISBN Abya-Yala: 978-9942-09-859-7
ISBN digital: 978-9942-09-860-3
ISBN impreso UTE: 978-9942-843-19-7

Tiraje: 500 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, marzo de 2023.

Se prohíbe la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley.

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad del autor

El Napo irreverente
mata y pare arenas
para semillas
que cimentan
sus bases de tierra

y posan lo humano
como en Lunchi Isla
y maduran
cultura e identidad

Son castillos de selva
O castillos de tierra

de proyección infinita
en Bardena Navarra
nominó Santos
de ayuda ... su sentido

Nuevos castillos de tierra
y otros, seculares,
que el Napo armoniza

Castillos de Tierra...
en el Napo

CASTILDE**ERRA**

Índice

Prólogo	11
Río Napo: un viaje de 20 años en tres semanas	15
Un paso de cebra hacia los castillos de tierra...	
Jesús Eugenio Jáuregui Arbizu	21
Los capuchinos en Tudela: José Luis Orella, Miguel Ángel Azcona y Alfredo Espinal	29
Algo grande para no mojarse... en el planeta Agua	39
Preparando el viaje: Miguel Ángel Cabodevilla	41
Madrid-Quito: Manuel Amunárriz	51
Ecuador, muchos países en uno	57
Iván Cruz y el Centro de Quito	67
La fraternidad de Quito, la Curia	73
Guayasamín, la capilla del hombre y, de nuevo, el Centro	77
Ricardo Hidalgo y la Universidad... en el Franklin Tello	83
Milagros Aguirre, la cultura y los libros	91
La llegada al Coca: Jesús Esteban Sádaba	95
El Vicariato y la comunidad de Aguarico: José Cruz, José Mari Sádaba	101
El Museo Arqueológico y Centro Cultural de Orellana (MACCO)	107
Visitando el MACCO, con Álvaro Gundín	117
Santa María de Guadalupe, las monjas y Ángel Mari Vizcay	125
El kilómetro cincuenta: Alejandro e Inés	129

Planeta agua: Orellana, el Napo y los Otavalo	147
La misión de Aguarico, Lucho y Ricardo	159
El hospital Franklin Tello hoy: Guzmán Bernabéu	173
Los días en el Hospital	181
En Nuevo Rocafuerte	187
El paraguas cobra su sentido... en el malecón	191
El colegio del Milenio	197
Cambio del jefe político	201
Lorena, Laura, el gallo y las cuatro de la mañana	205
Luis y Midalsy: Cuba en Nuevo Rocafuerte	209
Cabo Pantoja: ¿a la cárcel con Eugenio?	213
Angoteros: Juan Marcos Mercier y Dominik Szkatula	225
Santa Clotilde, Perú. Misión y Hospital	231
Eugenio y Alipio en las comunidades peruanas	241
El Chuchuwasho de Lucho	243
La última cena en Rocafuerte: Manuel Pallares	245
De regreso a(l) Coca	249
El petróleo y el juicio Chevron: José Miguel Goldáraz	253
Último desayuno en Coca: Adalberto Jiménez	263
De vuelta	267
Epílogo	273
Agradecimientos	281

Prólogo

Mucha gente piensa que la Amazonía es la mayor expresión de vida de nuestro planeta, pero su papel como crisol cultural fundamental para la humanidad, es algo en lo que muy pocos han caído en cuenta. Este enorme territorio, cruzado por innumerables ríos, fue habitado por seres humanos desde hace, al menos 10 000 años, aunque, a medida que se van haciendo nuevos descubrimientos, parece que esta fecha se remonta todavía más atrás.

La gigantesca masa de tierra que la forma y su extenso sistema hídrico fue, lógicamente, un terreno fértil para el desarrollo de diversas culturas, cuyos restos apenas son visibles hoy en día bien por el ocultamiento que provoca su manto boscoso, bien por el continuo serpentear de los ríos que borran y escriben una nueva geografía constantemente o bien por el predominio de la arquitectura basada en la madera (ya que la piedra es muy escasa y menos práctica).

Sin embargo, la herencia de estas antiguas civilizaciones ha llegado hasta nuestros días en forma de cultivos como la yuca, el tabaco, la piña o el cacao (parte ya de la dieta global), como el chontaduro o el ñame (básicos en la dieta de las poblaciones de los trópicos americanos) y como la ayahuasca o la coca (parte de una cultura psicodélica-animista, cuyos orígenes son tan antiguos o más que la agricultura de alimentos). Cada vez existe más evidencia de que las formas más antiguas de agricultura tropical americana se originaron en la Amazonía y no en Mesoamérica, como se pensaba antes. Esta gran diversidad de cultivos, tan variada como ancestral, sólo parece explicarse por la existencia de una actividad humana muy extensa y avanzada con poblaciones mucho mayores de lo que se creía hasta hace poco. Solo así se puede explicar que la diversidad de cultivos de origen amazónico,

sea mayor que la de cultivos originarios de Europa, cuya agricultura se basa principalmente en cultivos traídos desde el Creciente Fértil y Asia por griegos, fenicios y romanos, con muy pocos aportes autóctonos.

Los primeros escritos sobre este fantástico mundo los hemos recibido de los misioneros que acompañaron a los conquistadores, como el caso de Gaspar de Carvajal, que acompañó a Orellana en su odisea por el Amazonas o el de los misioneros que establecieron las primeras reducciones en las riberas de los grandes ríos amazónicos con la intención de evangelizar y agrupar a los pueblos selváticos. Las misiones católicas han estado presentes, aunque de manera esporádica, en la Amazonía —y, en particular, a lo largo del río Napo— desde la misma conquista, siendo los misioneros una de las principales fuentes de información sobre la vida y la gente de esta región durante todos estos siglos.

Este último periodo, desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, es seguramente el que presenta un cambio más acelerado, especialmente tras la llegada de la industria petrolera, la cual trajo las carreteras y el nacimiento de las primeras ciudades amazónicas, ya muy desvinculadas de su entorno milenario. La actividad misional durante el mismo ha sido muy importante y, algo más alejada del propósito inicial de evangelización, se ha centrado mucho más en *lo humano*. Ya no vemos a esos misioneros que llegaron a imponer su religión, sino a gente más humilde y curiosa, más empática y respetuosa, conscientes de que la identidad de los pueblos es básica para su fortaleza y para su autoestima. Encontramos misioneros que aprecian el arte, la tradición oral, la espiritualidad nativa y la arqueología, misioneros que llegan a salvar vidas y aportar a la ciencia y otros que impulsan la rebeldía como medio para que la gente defienda sus derechos.

Luis Fernández Rodríguez, autor de este libro, es uno más que ha caído ante el embrujo de la Amazonía. Vinculado desde hace muchos años a esta región, nunca había venido, hasta el 2021. Sin embargo, cuando conversas con él te das cuenta que sus venas comenzaron a arrastrar fluidos amazónicos hace mucho tiempo. Y este embrujo le llegó por influencia de los misioneros capuchinos

que crearon un puente invisible entre sus comunidades de origen en Navarra y la selva amazónica. Luis, junto con las personas que colaboran en su ONG llamada Castildeterra, llevan años trabajando desde España y su labor ha sido fundamental, especialmente para el funcionamiento y el ánimo del Hospital que regenta la misión en Nuevo Rocafuerte. Hospital que acerca a una población extremadamente marginada al derecho a las ventajas de la modernidad y que sin estas ayudas no sería viable: nadie podría ser diagnosticado, por ejemplo, por medio de rayos X.

Este libro es como un sobrevuelo a asuntos fundamentales del Ecuador: cómo es su arte y su naturaleza, temas que Luis ha querido plasmar en esta obra para que sus lectores tengan un contexto más amplio. Pero más que nada es un relato íntimo de las personas que han sido el eje de la misión capuchina de Aguarico desde la llegada del petróleo. Su relato pasa por los acontecimientos extraordinarios —como el primer contacto entre los misioneros y los pueblos que habían decidido mantenerse al margen de la globalización— a los más cotidianos —pero no menos importantes—. José Miguel, Manuel, Eugenio, Alejandro o Guzmán son algunos de los nombres de esas personas extraordinarias que vinieron de España para ser parte de la misión de Aguarico y de quienes Luis nos entrega con este libro un homenaje muy justo y bonito.

Creo que difícilmente existe una región en el mundo que haya sido transformada tan rápida y drásticamente como la Amazonía norte del Ecuador y la cuenca del río Napo. Por siglos, o quizá milenios, las poblaciones amazónicas han vivido bajo paradigmas casi estáticos. Una vida repetía innumerables veces, como lo hacían las temporadas de lluvia y las secas. Sin embargo, a partir de finales de los años 60, la Amazonía Ecuatoriana ha vivido una transformación delirante: donde cantaban las aves y los monos aulladores, ahora hay ciudades llenas de música, luces y comercio. Los viejos shamanes, que se conocían entre sí a decenas de kilómetros, ahora son extraños en sus propias tierras, la modernidad líquida ha inundado estas tierras con más violencia que el deshielo de los Andes al terminar la última era glacial. Todo cambia, y cambia frenéticamente sin que se vea posibilidad alguna de

ralentizarse. Y es ahí donde estos relatos, estas memorias compartidas por un observador como Luis Fernández, nos ayudan a llenar un vacío que, en países como Ecuador —donde se escribe muy poco— es fundamental, porque nos da a conocer cómo fue este periodo de cambios tan importantes y quienes los realizaron.

El lector de este libro va a aprender muchas cosas sobre la Amazonía ecuatoriana. Hasta yo, que he pasado los últimos 30 años subiendo y bajando por estos ríos, durmiendo en el bosque o en las casas de las familias indígenas de esta región, he aprendido mucho.

Manuel Pallares Carrión

Río Napo: un viaje de 20 años en tres semanas

«A veces no conoces el verdadero valor de un momento hasta que se convierte en memoria».

Dr. Seuss (1904-1991)

Ecuador, y en especial su Amazonía, es *visto, sentido, querido y vivido* por muchos ojos y corazones amigos, cuya labor empecé a *conocer* hace más de 20 años. Charlas y conversaciones personales con varios misioneros capuchinos que, por suerte, fueron llegando paulatinamente a nuestras vidas —y a los que poco a poco irá conociendo el lector a través de estas líneas— me fueron procurando una dilatada configuración mental sobre ese precioso país. Aunque físicamente lejanas a América, aquellas percepciones se fueron convirtiendo en *vivencias* gracias al desarrollo de proyectos de cooperación con ellos a través de *Castildeterra*, una ONG que creamos en 2002 en Tudela (Navarra) a tal efecto. Algunos compañeros como Mónica, Cristina, Matilde, Eustaquio, Mikel o Anabel que ya habían viajado previamente al *Ecuador capuchino* contribuyeron asimismo a que me fuera adentrando en las particularidades, bondades y dificultades de su legado.

Lo compartido durante esos años hacía que *Kichwas, Waoranis, Tagaeris, Taromenanis, Sionas, Secoyas (o encabellados), Cofanes* o *Shuaras* no fueran *extraños* para mí. Ni la historia de Alejandro e Inés, los que murieron lanceados. Ni el problema con la madera y el petróleo en la Amazonía. Ni el del alcohol o

la violencia de género. Sabía de la arqueología indígena que los capuchinos habían ido recopilando de forma paulatina. Intuía la opulencia artística de Quito, especialmente por la famosa *escuela Quiteña*, ya que fue la primera ciudad declarada patrimonio de la Humanidad según la UNESCO, en 1978. Hasta tenía una relación imaginaria con el propio río Napo, la arteria que vertebra la Misión de Aguarico...

Pero era mi larga relación con el hospital de Nuevo Rocafuerte, en la Amazonía, con el albergue Matías Mújica, en la costa o con el Vicariato de Aguarico la que me impelía, desde hace años, a visitarlo y *vivirlo* en persona.

Fueron varios los momentos en los que deseé o incluso intenté hacerlo: llegué a tener comprados los billetes de avión (tanto míos como del resto de la familia), pero el fallecimiento de mi padre impidió que en aquella ocasión el viaje se hiciera realidad. Sin embargo, en 2021, tras año y medio de pandemia y ser vacunado del SARS Cov 2, me planteé seriamente ir. Y fueron varias las razones que me indujeron a ello.



Calendario promocional

La primera, que Eugenio, uno de mis amigos capuchinos, tras vivir en Pamplona durante un tiempo con el fin de acompañar a sus padres durante el periodo final de su vida (tiempo en el que no nos habíamos visto lo suficiente), había regresado recientemente a Nuevo Rocafuerte, en la Amazonía ecuatoriana. Sin embargo, quizás la fundamental fue que otro capuchino, mi querido Manuel Amunárriz, tras haber cumplido ya 90 años, me comentó que iba a viajar a Ecuador, de nuevo, ese verano. Lo haría en el mes de julio, *Chukchukilla*, (el mes de temblar, llamado así porque no es infrecuente que baje la temperatura hasta los 12 grados debido a la acción de un fuerte viento en la zona de Aguarico) o más popularmente *San Juan Killa* (por su proximidad a la fiesta de San Juan, el 24 de junio). Y aunque creo que la vida física de Manuel lleva camino de ser eterna (si uno ve su aspecto físico o si habla con él, parece que tenga 20 años menos), me había comentado que tenía cierta incertidumbre sobre si podría seguir haciendo en el futuro estos viajes al país en el que había vivido durante más de 30 años. Yo pensé sinceramente que, con esa edad, el hecho de que fuera solo era algo un tanto arriesgado. Sin embargo, el lector podrá comprobar en páginas posteriores que me equivocaba —y *mucho*— en mis disquisiciones.

No quiero ocultar otras razones que, aunque con menor influencia que las anteriormente citadas, contribuían a que el viaje fuera especialmente atractivo para mí: el deseo de conocimiento *in situ* de las culturas precolombinas, del legado colonial y de ciertas expresiones artísticas posteriores a la independencia y contemporáneas. Y es que, aunque nací en Europa, y, por tanto, la considero el lugar en el que se forjó nuestra forma de ser y nuestros valores, América, y especialmente aquellos países que hablan español, me genera un enorme interés desde hace muchos años. Mi primer acercamiento fue a principios de los 90, a través de alguien muy especial en mi vida, de mi amigo Juan, mi hermano desde los 12 años, Juan Doria. Hoy, más de 40 años después, sigo disfrutando de la suerte de habérmelo encontrado tan pronto en la vida. Pues bien, tras un viaje de cooperación a Nicaragua con *veintipocos* años fueron sus relatos los que me aportaron

esa primera *relación*, en este caso imaginaria y a través de sus ojos, con América. Años después también me pasó con México, país que aprecio especialmente. Y que aunque también lo percibí inicialmente desde los ojos de otro grandísimo amigo, Federico Ramos, mexicano de Tapachula (Chiapas), en visitas posteriores pude conocer un gran país, rico en contrastes y cultura. Colombia la conocí a través de Claudia, una Palmirana que, tras iniciar su carrera en la Universidad del Valle, tuvo que emigrar y de la que somos padrinos de boda. También República Dominicana, país al que tuve que ir por un tema laboral, momento que aproveché junto con Blanca, mi compañera de vida y mis hijas, Amaya y Miryam, para visitar también La Habana. Creía conocer bien la historia y sociología tan particulares de Cuba, pero necesité leer abundantemente a la vuelta por la fascinación que despertó en mí. Y gracias a una línea de sensibilización social que desarrollamos en la UNED de Tudela, lugar en el que trabajo, he podido conocer retazos del resto de países de América (y varios de África), especialmente a través de la ONG *Alboan*, que es dirigida desde hace años en Navarra por otro gran amigo desde la infancia, Javier Andueza. Tras finalizar sus estudios de Arquitectura, Javier vivió unos años en Venezuela como cooperante (como lo hizo también mi querida Elena Pascual) y a su vuelta a España decidió dedicar su vida a trabajar en esa ONG jesuítica. Siempre ha sido una inspiración en este sentido para mí y es uno de esos grandes amigos en la vida, aunque no lo tengas en el día a día.

Entre todos estos países, Ecuador, y más especialmente su Amazonía, parece haber estado siempre ahí. Aunque finalmente estuve *físicamente* tan solo tres semanas en julio de 2021, tengo que reconocer que las viví con una inusitada intensidad. Quizás porque apenas disponía de un mes para poder integrar vivencialmente mi viaje de casi cuatro lustros. Quizás porque fueron días de grandes contrastes: de compartir realidades sociales, culturales, de salud, educativas o artísticas muy diversas. De reflexión. De admiración de lo natural, de lo amazónico. De belleza. De arte. De alegría, pobreza y dignidad. De contacto con religiosos y religiosas, con misioneras laicas, con médicos jubilados que de-

jan su vida en España y se quedan a cooperar, con fundadores de ONG, con indígenas, con editoras, con mestizos, con rectores de universidad, con escritores, con artistas, con anticuarios, con directores de museos... con gente muy especial. De admirar el trabajo de tantas personas durante tantos años. De reconfiguración de lo aspiracional. Y hasta de *repensar* el sentido de lo humano.

Todas esas vivencias bullían en mi interior y necesitaban una válvula de escape. Es lo que me hizo pensar en escribir este libro. Inicialmente tuve mis serias dudas acerca de mi capacidad de expresar de forma bella y atractiva lo que viví. Y de que otras personas que no sean yo mismo consigan no aburrirse al leerlo. No es falsa modestia porque, a pesar de que tenía experiencia previa escribiendo, los libros que he publicado siempre han sido concebidos dentro de un ámbito en el que me sentía seguro: el de la psiquiatría, el de la gestión, o el de la historia de la medicina. Son libros acotados a un ámbito reducido y con una expresión formal determinada: la de la comunicación científica o el ensayo.

Tengo muy claro que ni manejo bien muchos de los aspectos literarios necesarios para escribirlo (una amiga médico y novelista, Rosa Blasco, me sugiere leer más novelas para mejorarlo, con escaso resultado por su parte) ni poseo el suficiente conocimiento y experiencia sobre aquello de lo que voy a hablar. La profundidad que, por contra, sí atesoran aquellas personas a las que describo, cuyo viaje ha durado *toda una vida*, evidencia que son ellas quienes realmente debieran hacerlo. Pero tengo que hacerlo yo, porque sé que ellas no lo harán. No son amigos de la propia alabanza.

Una imperante, y a la vez ilusionante necesidad de escribir (que hizo que las últimas nueve horas de mi viaje a Ecuador renunciara a hacer una última visita a Quito y me quedara tecleando estas líneas en una cafetería del aeropuerto) ganó la partida a mis dudas. No estaba dispuesto a dejar que muchas de las cosas vividas se almacenaran exclusivamente en mi frágil memoria. Quería reflejar lo que vi. Y quería reflejar también aquello que no viví. Aquello que pregunté y leí. Para ponerlo en valor. Para presentar al lector esta magnífica experiencia que es Ecuador y su Amazonía y sobre todo, el trabajo que *ellos* han hecho allí y que he tenido la suerte de apreciar y de alguna manera compartir.

Aunque España destaca por su labor misionera, ya que en 2021 estaban censados 10 600 misioneros (de los cuales, siete mil doscientos permanecían en activo), sólo puedo referirme, lógicamente, a aquellos que he conocido. Aunque estos párrafos van a hablar de religiosos, carecen de un enfoque religioso porque quien los escribe no lo es. Lo que sí que pretendo con este libro es brindar un homenaje *humano* al legado de esos capuchinos a los que he tenido la suerte de conocer. Especialmente a aquellos que, de alguna u otra forma, han trabajado o siguen haciéndolo en la misión de Aguarico.

Y de ellos y ellas, y de su actividad en Ecuador va este libro.

«Los humanos, no los lugares, construyen los recuerdos».

Ama Ata Aidoo (1942-)

Un paso de cebra hacia los castillos de tierra... Jesús Eugenio Jáuregui Arbizu

«Un amigo podría estar esperando tras la cara de un extraño».

Maya Angelou (1928-2014)

Es difícil saber a ciencia cierta si es la casualidad la que nos ayuda a encontrar aquellas cosas importantes de la vida o si somos nosotros mismos los que dirigimos nuestras acciones para conseguirlas. El eterno debate... providencia aparte.

Eugenio fue, para mí, un hallazgo afortunado, valioso, inesperado y casual cuando yo estaba buscando algo bien distinto, cuando estaba, incluso, evitando conocerlo. Pura serendipia.

Hace ya unos cuantos años, al comienzo de este *líquido* siglo XXI, Blanca, mi compañera de vida, me dijo que había conocido a un misionero capuchino tres o cuatro años mayor que nosotros, que había sido trasladado a Tudela para recuperarse de una malaria africana que le dejó para el arrastre. Y que yo también tenía que hacerlo.

A pesar de que siempre he valorado muy positivamente la actividad misionera, sinceramente no estaba muy por la labor de conocerle. No tenía claro eso de tener *curas* cerca debido a alguna mala experiencia previa. Y se lo dije a Blanca. No me respondió nada, pero me pareció en aquel momento que no había conseguido modificar ni un ápice su deseo.

Y así fue. Lo pude comprobar un día, en un paso de cebra, cuando nos lo cruzamos. Blanca, de forma sorpresiva, dijo con

una rapidez *inusitada*, en voz alta, que le iba a invitar a comer. Y yo, en un intento torpe de zafarme de aquel misionero, le dije que más le valía no venir, porque cocinamos fatal. Claramente no iba a servir de nada mi estrategia. No recibí ningún codazo por parte de Blanca, pero sí una atinada respuesta de aquel sacerdote, que dijo algo así como... ¡pues no se te nota! Me había llamado gordo sin acritud y con una profunda sonrisa.

Ya se imagina el lector que la estrategia de Blanca, simple y efectiva, resultó. Y claro, pocos días después se presentó en casa a comer. Y no me cayó mal, la verdad. Volvió a venir. Y otro día. Y otro. Reconozco que esperaba con alegría que viniera. Hablábamos de lo divino (cómo no) y de lo humano. Y así, en un *paso de cebra*, comenzó una relación de amistad que dura ya 20 años.

El nombre de ese misionero es Jesús Eugenio Jáuregui Arbizu y es natural de Burlada, Navarra. Delgado, muy delgado y de *mirada limpia*, tiene una sonrisa fácil, acogedora. Como la de todos los que vinieron a través de él.

Su exquisito respeto a las diferencias (religiosas incluidas) contrasta con su tenacidad. Es tenaz, sí, y a veces, peligrosamente tenaz.

Siempre he querido entender las razones que mueven a alguien a dejar la comodidad del mundo desarrollado e irse a ayudar a personas desconocidas a cualquier lugar desfavorecido del mundo. Y también conocer la historia de *esos hombres de mirada limpia*. Por eso, durante aquellos domingos en casa, lo inquirí. La respuesta a lo primero fue muy personal y por ello no tiene cabida en este libro. Sobre lo segundo, fue a lo largo de los años como fui aprendiendo eso de *paz y bien*.¹

1 Su orden nació en torno a 1525, cuando varios franciscanos italianos entre los que se encontraban *Mateo de Bascio* del Convento de Montefalcone y los hermanos *Ludovico* y *Rafaele di Fossombrone*, entendieron que el estilo de vida en su tiempo no se acercaba al que Giovanni di Pietro Bernardone, *San Francisco de Asís*, propuso trescientos años antes. Ven clara la necesidad de reformar la Orden Franciscana o crear una nueva rama con reglas más rigurosas.

Eran los tiempos de la reforma luterana y cualquier tentativa de renovación era mal vista por la jerarquía de las órdenes religiosas católicas. Y así sucedió con su propuesta. Sus superiores quisieron abortar sus iniciativas y como en aquellos

Conocí también a su *otra* familia, la biológica. A sus padres, hoy tristemente desaparecidos, y al resto de sus hermanos, a Blanca, a César y a Obdulia. En alguna de aquellas conversaciones, me di cuenta de que a *Obi*, Obdulia, la había conocido muchos años antes en Pamplona, en años *adolescentes*.

He tenido la suerte de que Eugenio ha estado presente (incluso físicamente) en momentos importantes de nuestra vida, entre los que quiero recalcar (y agradecer de nuevo) su gran acompañamiento (especialmente a mi madre) en el periodo terminal de mi padre. Ha recibido muchas confidencias mías y yo de él. Sabe escuchar. Y devuelve cierta magia con sus palabras.

Aunque formado en la tierra que le vio nacer (Pamplona, Tudela, Alsasua...), ha desarrollado la mayoría de su labor misionera en Ecuador, donde llegó en el año 1987. Fue el año en el que murieron un obispo capuchino (Alejandro Labaka²) y una herma-

momentos la herejía era tan castigada, la situación llegó a ser muy comprometida, llegando a tener que esconderse de las autoridades de la propia Iglesia que querían arrestarlos. El apoyo y refugio en aquellos momentos con los monjes camaldulenses fue devuelto en forma de gratitud: hizo que alguna de las manifestaciones externas clásicas de la rama reformada por Romualdo, de la Orden de San Benito, la capucha y la costumbre de llevar barba, pasaran también a ser signos de identidad capuchina. De todos modos, su hábito está inspirado en el de San Francisco, conservado en Asís, con una cuerda en la cintura y con la capucha unida a la túnica, más larga que la de las otras ramas franciscanas. Aunque en la actualidad apenas veo a ningún capuchino llevar barba, sí que me contó Manuel Amunárriz (otro de los protagonistas de esta historia) que él mismo se la dejó crecer de joven.

Tres años después, Mateo buscó la mediación de Catalina Cybo, duquesa de Camerino y pariente de Julio de Medici, el papa Clemente VII, para obtener la aprobación de su regla (vivir como un eremita y poder ir predicando a los pobres) que se consiguió gracias a la bula *Religionis zelus*, publicada el 3 de julio de 1528. Estuvieron, pues, desde sus orígenes, marcados por la cercanía al cuidado de los pobres y enfermos, adoptando un estilo homilético simple impregnado de cotidianidad, con un particular apego a la oración y gran actividad misional.

La orden creció mucho a partir de que, en 1574, Gregorio XIII les permitiera traspasar las fronteras de Italia. En la mitad del siglo XVIII más de treinta y cuatro mil capuchinos, manteniendo la fidelidad al voto de pobreza, tenían a su cargo unos mil setecientos conventos.

2 A quien solo le había visto Eugenio una vez en San Sebastián, en el proceso de acompañamiento final a un compañero.

na terciaria capuchina (Inés Arango) en la selva ecuatoriana, algo que le marcó mucho, como creo que también lo hizo a todos los misioneros de aquella zona de la Amazonía. Esto es algo importante que contaré profusamente más adelante.



Presentando el fruto de la pesca naporuna: un bagre

Aunque inicialmente vivió a dos horas de Quito atendiendo una zona de campesinos, poco después de su ordenación *ecuatoriana*, pidió ir a Aguarico. A la selva amazónica. A Nuevo Rocafuerte, un lugar un tanto apartado. Allí coincidió con Martín Múgica (Camilo de Torrano), fundador *capuchino* de la misión

(con quien aprendió quechua,³ ya que tiene gran facilidad para aprender lenguas) y con Manuel Amunárriz, otro de los protagonistas de esta historia. Él mismo afirma en una entrevista que *durante 14 años estuvo aprendiendo de ellos*, de los indígenas.

Tras ese periodo pensó en cambiar de aires e ir a África. Y lo hizo. Le destinaron a Guinea Ecuatorial. No sé qué habría pasado si, como ya he comentado, el paludismo que allí le hizo enfermar no le hubiera devuelto a Navarra. Puede que aún siguiera en la antigua colonia española. Quién sabe.

Mientras vivió en Tudela, recuerdo cómo trabajó con la asociación *Simón Bolívar*, creada con la ayuda de Cáritas para acoger a los inmigrantes latinoamericanos. Conocí a algunos de ellos y me consta que le querían mucho. Pero recuerdo especialmente la tristeza que sentimos cuando nos explicó que había decidido volver a Ecuador. Y que en un vano intento de mitigarla, le ofrecí un *trueque*: me vería *repeinado* y con cara angelical en misa de los domingos si se quedaba en Tudela. Vano intento por mi parte, aunque esta vez tenía a Blanca de mi lado. Igual que el que hice para evitar conocerle. Me respondió con una leve sonrisa que, a pesar de que era una buena tentación para él *recuperar un alma*, tenía clara su decisión. Se iba.

Le pregunté cómo podría ayudarle en su nueva misión y me habló de un tal Santos Beguiristáin, un navarro, profesor de instituto, con el que también tenía bastante relación y con quien pensaba que podríamos aunar voluntades. Y si. Tras conocernos, enseguida tuvimos la idea, junto con otras personas, de crear una asociación estable que pudiera ayudarle en las necesidades *ecuatorianas*. Así nació nuestra aventura, en forma de ONG, llamada *Castildeterra*,⁴ la que por su carácter aconfesional apoyaría proyectos sociales (educación, salud) de los capuchinos en Ecuador, pero no los pastorales. Lo hicimos así porque entendimos que po-

3 También llamada quichua o *Runa shimi* es la familia de lenguas nativas más extendida en Sudamérica, utilizada en 7 países por millones de personas.

4 www.castildeterra.org

siblemente flexibilizaría y aumentaría la incorporación de socios (y no necesariamente religiosos) como así pudimos comprobar a lo largo de los años.

Así, en el año 2003 se volvió a Nuevo Rocafuerte. En aquella época la ONG estuvo muy activa, con Santos como *factotum* (recuerdo muchas reuniones matutinas ágiles y muy operativas mientras acompañábamos a sus nietos y mis hijas al colegio) y con todos los miembros muy implicados. Hacíamos que las asambleas anuales de socios coincidieran con el regreso vacacional de Eugenio a España, lo cual nos estimulaba para seguir creciendo poco a poco en número de personas y proyectos. De aquella época, recuerdo especialmente un problema que Eugenio tuvo con un alcalde (algo que explicaré más adelante) y que vivimos con cierta preocupación hasta su regreso a España en 2008.

Esta vez fue destinado a Sangüesa con el fin de cumplir un año sabático en tierras navarras. Recuerdo que, en una visita familiar a su convento, tras presentarnos a sus compañeros, algunos de ellos ya entrados en años nos enseñó un pequeño *tesoro capuchino*. Era una magnífica colección de 17 relojes de torre de los siglos XVII al XX expuestos de forma permanente en el convento (de San Francisco de Asís, que, según la tradición, él mismo fundó a su regreso de Compostela) y otra de pinturas, éstas de siglos anteriores (XVI-XVII) cedidas a los capuchinos por la escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Tras aquel año, regresó a Ecuador, aunque no a *su* Amazonía. Su destino fue Portoviejo,⁵ lugar en el que, además de su labor como consejero de la orden en Ecuador, se dedicó a la formación de jóvenes, a acoger a personas abatidas debido a problemas de pareja, vida sin sentido, vacío existencial... Decía que la escucha le hacía más humano.

5 Provincia de Manabí, en la zona de la costa, a 30 kilómetros del Pacífico. Vivió allí todo ese tiempo, excepto un paréntesis de 6 meses que vivió en Colombia en 2011.



Eugenio, a la izquierda, en su etapa de Portoviejo, en 2010

Transcurridos unos años, pasó unos seis meses en Quito como maestro de novicios, justo antes de regresar a España con el fin de dedicarse al acompañamiento en la etapa final de la vida de sus padres, en 2017.

Durante ese periodo, y hasta que ambos progenitores fallecieron, aunque vivió en San Antonio (en Pamplona), la verdad es que no nos vimos demasiado. O más bien poco.

Unos seis meses después del óbito, nuevamente Eugenio vuelve a cruzar el Atlántico rumbo a su Amazonía ecuatoriana.

Y vuelve a trabajar con las comunidades del río Napo. Durante unos días al mes, navega con un *deslizador* recorriendo cada una de ellas. Su facilidad para los idiomas le convierte en uno de los pocos misioneros españoles que, junto con José Miguel Goldáraz, habla el kichua. Pienso que es un verdadero lujo que pueda hacer su labor en ese idioma ya que le permite un mayor grado de inculturación. Vive con ellos. Le llaman *Alli Chishi* en Nuevo Rocafuerte (que significa buenas tardes en quechua) o *Yayapagri Ari*, (el que repite muchas veces *si*) en Edén, otra comuna cercana. Me cuenta que en muchas ocasiones, invitado por algunos indígenas, duerme con ellos.

Y cuando termina su recorrido, vuelve a la casa de la misión, en Nuevo Rocafuerte, donde reside con otros dos religiosos, con Lucho y con Guzmán, a quienes el lector conocerá más adelante.

Repetidas veces su hermana *Blanqui* me ha dicho que tiene un hermano *selvático*. Y creo que lo es.

Un selvático inculturado e *inculturante*.

Fue navarro, pero ahora también es amazónico.

O más amazónico que navarro.

Sí, más amazónico que navarro.

Y hoy en día, a pesar de la distancia y de periodos de mayor o menor contacto, tengo la suerte de seguir gozando de la valiosa amistad del Padre *Alli Chishi* que, parafraseando a Helen Keller (1880-1968) ha hecho *parte de la historia de mi vida y de mil formas ha convertido mis limitaciones en hermosos privilegios*.